
LA ARQUITECTURA Y LA FUNDACION DE AMBITOS. LA CREATIVIDAD HUMANA Y LOS CONCURSOS

Para comprender las fecundas implicaciones que tiene el tema—eminentemente actual—de los concursos, conviene estudiarlo a la luz de una consideración global de ese fenómeno humano decisivo que es la "creatividad". De día en día se concede más importancia y atención en Filosofía a cuanto implica la actividad creadora, pues por fortuna estamos llegando a la convicción de que el desarrollo de la persona humana se da en proporción directa a su poder creador o co-creador. No sólo presenta interés la creación por el fruto que reporta, sino ante todo por los procesos dinámicos que pone en juego. Como estos procesos vienen de lo profundo y apelan a lo profundo, es decir, responden a realidades y leyes muy hondas de la naturaleza y dan origen a fenómenos y a entidades muy elevadas, merecen máxima atención y sobrecogido respeto. No por azar el tema de la maternidad ocupa un puesto de excepción en toda cultura digna de tal nombre. Por eso la comercialización del sexo es síntoma inequívoco de decadencia.

Si esto es así, debemos estar alerta y advertir que el cultivo actual de la potencia creadora del hombre responde en gran medida a la necesidad de incrementar los hallazgos culturales y corre, por tanto, el riesgo de reducir los procesos creadores a medios para un fin, algo manipulable, controlable y, por tanto, casi industrializable.

Si el estímulo de la capacidad creadora,

así como su estudio, siempre interesó vivamente a los artistas, hoy día preocupa hondamente a los médicos, economistas y hombres de gobierno, pues, por una parte, el poder creador significa un potencial de riqueza cada día más decisivo en la balanza de pagos y en el desarrollo de cada país, y, por otra, el despliegue cabal de las posibilidades creadoras constituye la única vía real para evitar desajustes y represiones que lesionan gravemente el sutil tejido de la personalidad humana.

A raíz del inesperado lanzamiento del primer satélite ruso se produjo en Norteamérica una fuerte conmoción, integrada por sentimientos de sorpresa, estupor y alarma. Tras un primer momento de depresión, la reacción de defensa se polarizó de modo muy claro y lúcido en la búsqueda angustiada de mentes creadoras. El investigador y su vertiente práctica, el inventor, pasaron bruscamente a ocupar un primer plano espectacular en la atención de las gentes.

Es, asimismo, del dominio común en la actualidad que gran parte de la feroz lucha económica que libran diariamente los pueblos tiene lugar en los laboratorios y talleres de los inventores. No hay país que pueda sostener con los demás un intercambio comercial en paridad de condiciones, sin los humillantes desniveles que afectan a los países infradesarrollados, si no dispone de considerables reservas de "sustancia gris" exportable, es decir, de inventos. En la lógica

interna de desarrollo y, por tanto, de renovación del proceso económico desempeña de igual modo el poder creador una función decisiva. Nada extraño que ciertas empresas de gran envergadura—como la *General Motors*—dedique una sección al análisis de las condiciones que afectan a la capacidad investigadora, y que el ejército norteamericano sostenga los laboratorios psicológicos mejor dotados del mundo con vistas a disponer de una visión perfecta de las aptitudes del personal que lo integra. Es interesante a este respecto la obra colectiva publicada en 1960 por la Academia de Ciencias de Nueva York, con el título *Creatividad y pensamiento*.

La Medicina, por su parte, a medida que va ganando una visión más completa del ser humano y menos polarizada, por consiguiente, en los procesos meramente orgánicos, descubre no sin emoción las virtudes terapéuticas de la actividad creadora, hasta el punto de advertir que *para evitar la neurosis hace falta ser creador*. Opinión que invierte felizmente el viejo postulado que hacía depender la capacidad creadora de un estado psicopático de neurosis.

Por razones muy hondas, el tema de la creatividad o poder creador pasa a ocupar un puesto central en el horizonte de la medicina contemporánea, abierta como ninguna a los problemas de interacción psicosomática. Conforme se advierte la influencia que los fenómenos llamados "espiritu-

les" ejercen sobre la marcha del organismo humano y se cae en la cuenta de que la persona humana sólo encuentra su centro de equilibrio en el dinamismo de la creación a que se siente llamada, resulta posible medir el alcance que tiene el cultivo del impulso creador para la curación de múltiples conflictos psíquicos. El hombre no se reduce en modo alguno a una especie de edificio con dos pisos, de los cuales el inferior contenga una carga diversificada de impulsos que ciertas instancias del piso superior se encarguen de canalizar o, en casos, de reprimir, como piensan ciertas corrientes psicoanalistas, antes constituye un ser en constante elaboración, que decide en cada momento lo que va a ser su futuro, ya que cada acto que realiza modifica la situación en que se halla. Más que una "cosa" rígida, el ser del hombre es un *entramado siempre creciente de ámbitos interconexos*. Lógicamente, la ruptura de estos ámbitos o su anulación en agraz debe repercutir muy gravemente sobre el equilibrio interno del hombre. A mi entender, los serios estudios que hoy se llevan a cabo sobre la creatividad vista en relación con el desarrollo de la personalidad humana integral abren un abanico de perspectivas lo suficientemente fecundas para dar al Psicoanálisis el alcance de que le privó su orientación materialista primera.

La preocupación de la medicina actual por este tema es de insospechada importancia, ya que la visión humanista del problema tiene la misión de contrapesar la tendencia alocada de la visión *técnica* a considerar el poder creador como un *medio* al servicio de los *finés* económicos, dejando en olvido la vertiente que mira al desarrollo de la personalidad de los que consumen sus mejores fuerzas en los altos hornos de la creación.

CONDICIONES DE LA CREACION

Muchas teorías se han establecido acerca de la verdadera naturaleza de la creación. ¿En qué consiste rigurosamente *crear*? ¿Cuándo puede afirmarse de una obra que es fruto de una *creación*? Por referencia al acto divino de creación absoluta de la *nada*, el término *crear* conlleva en todo caso cierto grado de *originalidad*, de *novedad*, de *hallazgo de algo inédito*. En ello radica su diferencia con la mera copia artesanal, la glosa epigonal y toda forma de repetición

más o menos mecánica. La idea de creación viene orlada desde antiguo con un gran prestigio y un cierto respeto reverencial, casi sacro, debido a este carácter de *brote originario* que ostenta el fruto de todo proceso creador. De ahí el sentido misterioso del vocablo *inspiración*, que expresa la condición foránea, superior, potentísima, de la fuente de donde procede todo acto creador como un *don*, un *obsequio de lo alto*.

Ese *algo inédito* que se halla puede ser extraordinariamente vario: una nueva ley de la naturaleza, una orientación metodológica inédita, una forma artística innovadora o el perfeccionamiento de otra ya conocida, la estructuración de un estilo lleno de virtualidad artística, la fundación de un modo distinto de comunidad política, etc. En todo caso, no se trata de una simple "reorganización de las ideas", de una mera síntesis diferente de elementos ya conocidos, sino del establecimiento o descubrimiento de una *ordenación inédita* que implica un poder interno de estructuración y abre, por tanto, un horizonte más amplio a la acción investigadora. Como toda estructura implica un modo de *orden y armonía*, suele afirmarse fundadamente que toda forma de creación implica cierto grado de sensibilidad estética, es decir, de sentido del equilibrio y tendencia a embridar el caos sometiéndolo a los cauces de un orden configurador.

Creación es ordenación, donación de forma posibilitadora de vida. *El proceso creador es la búsqueda tensa de un orden escondido tras el caos de la multiplicidad dispersa*. Por grande que sea la potencia creadora de un hombre, en la conciencia de éste late incommovible la convicción de que su acto creador no es un *monólogo*, sino un *diálogo*. Por eso afina su oído con sumo cuidado para oír las más leves insinuaciones que brotan en su "interioridad" cuando entra en contacto intenso con las realidades exteriores. Suele decirse que el hombre creador actúa a impulsos de su *inconsciente*, de la parte "irracional" que aliena en su ser. Con genial lucidez, el pensamiento moderno ha descubierto zonas de la personalidad humana, distintas de la conciencia clara, que son indispensables para el logro de la armonía vital.

Advertido esto, urge afirmar, sin embar-

go, que no deja por ello de ser excesivamente simplista querer explicar el proceso creador como un movimiento impulsado de modo exclusivo por el inconsciente, con la sencillez con que una vela es hinchada y energizada—valga la expresión—por el viento. La realidad es más compleja, y de ello dan testimonio todos los artistas que, aun admitiendo que el soplo de la inspiración parece provenir "de dentro", no dejan de subrayar que el despliegue de su poder creador se halla en todo momento pendiente de la energía que brota de su relación con las realidades del entorno. En medio de una época de absoluta aridez creadora, el gran Händel se decidió una noche a dar un paseo a pie por las callejas del viejo Londres. Oyendo el traqueteo de sus pisadas, fue perdiéndose lentamente en el *dédalo* de calles; pero he aquí que de repente, al doblar una esquina, su sensibilísimo oído de artista fue impresionado por una melodía que alguien entonaba en el interior de una casa. El texto hablaba de la vida y muerte del Redentor. Como herido por el rayo, Händel volvió precipitadamente a su hogar. Se puso inmediatamente a componer, y durante quince días y quince noches su ama de llaves debió movilizar todos los recursos de su inventiva para lograr que el transportado maestro tomase alimento y se procurase algún descanso. El fruto de esta quincena de trance artístico es una de las obras maestras de la música universal: *El Mesías*. Nada más importante que examinar la fecundidad de la apertura del hombre creador a las grandes realidades del entorno, pues toda labor creadora se nutre del diálogo fecundo que tal apertura implica. Las condiciones que hacen posible este diálogo son los *presupuestos de la creatividad*. Entre ellos se cuentan los siguientes, mutuamente implicados:

1. Atención a la realidad, vista dinámicamente en su proceso de gestación.
2. Sana inquietud hacia formas de ordenación nueva de los materiales disponibles, de explicación más cabal de los datos naturales, etc.
3. Capacidad de vibración co-creadora con las realidades del entorno: materiales, experiencias, ámbitos de convivencia, formas de vida, fenóme-

nos naturales, etc. Esta vibración debe aunar en sí la decisión de innovar y la humildad para acoger, la fidelidad a las propias exigencias internas y la apertura al suelo nutricional de las realidades circunstanciales. *Toda obra de creación se da en una maravillosa dialéctica de dar y recibir, imponerse y acatar.*

Estas condiciones exigen del sujeto:

1. Una actitud de reverencia y humildad, es decir, de sana aceptación de las leyes y realidades naturales que rigen los procesos creadores.
2. La voluntad de coordinación de los esfuerzos de búsqueda en una comunidad creadora.
3. Un ámbito de libertad en que poder desplegar la propia personalidad fundando ámbitos de interacción con el entorno. Esta fundación exige el ritmo lento que caracteriza a toda creación orgánica de vínculos. Cuando entre el hombre y el entorno se interpone violentamente la propaganda—entendiendo por tal el entramado de medios que posee el hombre actual para manipular la mente ajena—, este intercambio se paraliza y el sujeto humano, en vez de crear de por sí los ámbitos que lo vinculan al mundo y constituyen la fuente máxima de su conocimiento del mismo, se limita a recibir un elenco de ideas hechas, rígidas a modo de clisé, que dan cierta capacidad de clasificar a efectos de manipulación intelectual las cosas del entorno, pero provocan la depauperación espiritual de quien las usufructúa pasivamente.
4. Tensión espiritual para romper la proclividad humana a reposar en lo recibido y caminar por vías holladas. Reducir los estudios superiores a la transmisión de determinados conocimientos sólidamente establecidos es acostumbrar a los estudiantes a la comodidad de los caminos seguros por los cuales se pueden conseguir rentables puestos docentes, pero muy menguados éxitos investigadores. Como el hombre creador se mueve en

tierra extraña e inhóspita, sus pasos son a menudo indecisos y su avance se produce en zigzag. Una sociedad que sólo valora los resultados seguros y rápidos ejerce, expresa o tácitamente, una presión nefasta sobre el espíritu del investigador y creador. La consagración social de la rapidez como medida de calidad y la instauración de la prisa como modo de la existencia auténtica forman un clima en nada propicio al tiempo lento y a la sosegada andadura que deben caracterizar toda labor creadora.

El ritmo convulso de la vida actual impide al hombre establecer verdaderas relaciones de contacto con la realidad y lo fuerza a someterse a los criterios y opiniones de la mayoría determinante. Este *conformismo* inercial es polarmente opuesto a la tensión creadora antes mencionada, porque inhibe los resortes que lanzan al hombre al proceso creador, que ofrece siempre ciertas condiciones de aventura y riesgo.

LA CREATIVIDAD Y LOS CONCURSOS

A la vista de lo antedicho, es fácil comprender las *posibilidades* y los *peligros* que entrañan los concursos en orden al fomento de la creatividad.

Posibilidades. 1. En este ambiente de urgencias incesantes que constituye el horizonte cotidiano de la existencia actual, los concursos constituyen una llamada y un *estímulo*, estímulo y llamada a concentrar la atención sobre un tema que suele desbordar las cotas más o menos anodinas de la actividad diaria y plantear problemas inéditos que de otro modo quedarían eternamente desatendidos.

2. El hecho de realizar un trabajo abierto a concurso confiere al proceso de creación una *perspectiva comunitaria* de la mayor fecundidad. Todo paso que se da hacia adelante en la plasmación de una obra exige e implica una severa renuncia a mil posibilidades distintas de realización. Por genial y perfecto que sea un proyecto, lleva siempre consigo ineludiblemente el gusano de la unilateralidad. Todo proyecto es de por sí parcial, como toda perspectiva respecto a un paisaje. Cuando el trabajo se rea-

liza en *con-curso*, hay en cada acto creador una especie de *vibración comunitaria* que vincula al hombre con lo que están haciendo los demás. La conciencia de que otros están ensayando dar forma y solución a los mismos problemas que a uno preocupan pone en tensión la mente y frena la tendencia a dejarse llevar por el camino fácil de la solución arbitraria.

Al final del trabajo, la exhibición de los diferentes proyectos ofrece a cada colaborador una ocasión inestimable para ganar perspectiva y someter su obra a una lúcida revisión confrontadora. Los concursos ofrecen a los promotores diversas posibilidades de elección y proporcionan a los participantes el espectáculo único—posible en muy pocas profesiones—de seguir desde dentro el proceso gestador de las múltiples soluciones dadas al problema que uno ha tenido entre manos. El concurso implica un modo de comunitariedad dentro de la tensión peculiar de la competencia. Representa, por tanto, una *lucha* por el logro de algo concreto e inmediato (la adjudicación de una obra) y una *colaboración* en orden al logro de algo concreto y mediato (la visión cada día más completa de los problemas que plantea la propia profesión). Esta colaboración ofrece perspectivas insospechadas, por cuanto en un mismo concurso pueden integrarse aportaciones de estilos muy distintos. Los concursos pueden con ello constituirse en lugares de resonancia de las diferentes corrientes artísticas mundiales y contribuir así a desencadenar benéficos procesos de integración y desarrollo.

Riesgos.—No debe ocultarse la posibilidad de que ante el apremio de un concurso alguien inicie una tarea para la que no está suficientemente preparado por falta de conocimiento debido del tema. Cuando se siente una preocupación creadora en una determinada dirección, se polariza la atención hacia ella de tal modo que al cabo de cierto tiempo llega a producirse una especie de intervinculación osmótica entre el hombre y el tema. Esta intensa conexión se traduce en dominio y libertad a la hora del tratamiento técnico de los problemas. Es posible que la incitación de un concurso provoque actividades superficiales e inauténticas al hacer derivar la atención hacia temas poco cultivados.